

GENET, Jean-Philippe (ed.), *Vecteurs de l'idéal et mutation des sociétés politiques*, Paris – Roma, Éditions de la Sorbonne – École française de Rome, 2021, 541 pp. ISBN: 979-10-351-0365-5; ISSN: 0290-4500

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).
DOI: <https://doi.org/10.24197/em.24.2023.744-750>

Resulta difícil dar cuenta en escasas líneas de la riqueza de reflexiones, perspectivas y sugerencias que el lector encontrará en este volumen. El libro *Vecteurs de l'idéal et mutations des sociétés politiques* coordinado por Jean-Phillipe Genet, recoge la mayor parte de las contribuciones de dos coloquios celebrados en 2013 y en 2014 en l'École Française Rome, incluyendo trabajos de veinticinco autores. En realidad, este libro constituye el último de una serie de trece volúmenes publicados en el marco del proyecto de investigación europeo *Signs and States* (SAS) y en alguna medida se podría decir que funciona como conclusión al programa. Su impulsor es de sobra conocido por haber coordinado, junto con Wim Blockmans, otro programa anterior de fuerte impacto en el medievalismo: *Origins of the Modern State*. En relación al anterior, el programa SAS introdujo una mutación importante: alejándose de los procesos de constitución del estado moderno su objetivo declarado fue estudiar su semiología, en otras palabras, analizar las formas de producción del consentimiento/aceptación que permiten que el estado moderno sea capaz de reproducir su propia legitimidad. Se efectuaba, por tanto, un desplazamiento desde la Historia política o institucional a una Historia cultural bajo una fuerte impronta de las reflexiones de P. Bourdieu sobre el estado y de los análisis del antropólogo M. Godelier sobre el ideal y el imaginario, tal y como demuestra el propio título de la obra. Jean-Philippe Genet propone una tesis fuerte en este volumen que presenta para su verificación, amplificación o discusión. En este sentido, tanto el volumen que aquí se reseña, como el propio programa puede ser presentado como un ejemplo de honestidad académica en tanto que lejos de pretender enunciar un discurso monocorde alberga espacio para sus propios críticos.

El volumen se abre con dos textos de Jean-Philippe Genet, en los que enuncia su tesis, que sirve de elemento articulador de las discusiones del libro. El planteamiento de Genet pasa por analizar cómo se pasa de una sociedad caracterizada por la existencia de un único poder legítimo, el de la iglesia, con capacidad para actuar sobre el imaginario y las representaciones a la aceptación del poder del estado, ligada a la aparición de un nuevo objeto social, la sociedad política, lugar donde se gesta el consentimiento y caracterizada por la conciencia de una cierta identidad común y la existencia de un sistema de comunicación que sirve a la expresión de esa aceptación del consentimiento. La respuesta de Genet, es que la existencia del sistema de comunicación es una condición de aparición de la propia sociedad política, pero este fue originado durante la reforma gregoriana, que pretendía mediante este impulso afirmar la superioridad total de la iglesia. Para Genet la reforma gregoriana impulsaría una mutación cultural de largo aliento, compuesta por lo que denomina ocho revoluciones: la revolución educativa, la intelectual, la revolución administrativa, la revolución cultural de la alfabetización, el protagonismo de las lenguas y literaturas vernáculas, la revolución del derecho y la revolución de lo sensible, vinculada a las formas artísticas. De forma paradójica, el conjunto de estas evoluciones generaría un marco en el que la iglesia pasó rápidamente a no detentar el control ideológico absoluto que anteriormente tenía, posibilitando con ello la emergencia del estado y la sociedad política.

Para completar la sección introductoria, sigue un breve texto de apenas cuatro páginas de Jean-Claude Schmitt, a modo de comentario, en el que enfatiza algunas cuestiones adicionales a tomar en consideración: comenzando con la ausencia de referencias a las determinaciones materiales, la necesidad de enfatizar la excepcionalidad del Occidente medieval en relación al mundo islámico y bizantino, la de ampliar el ámbito del análisis a las prolongaciones americanas de los estados europeos, o la de distinguir entre iglesia y religión, por no citar más que algunas de ellas.

A partir de aquí, el libro se estructura en cinco partes, la primera de ellas con el título “El impacto de la evolución cultural”. En el primero de sus textos A. Destemberg sostiene desde un prisma de inspiración gramsciano que el que el telón de fondo sobre el que se construye el estado moderno no fue sólo el de una revolución intelectual, sino también el de una revolución de los intelectuales, transformados en intelectuales orgánicos del estado, cuyo reconocimiento depende ya no de la iglesia,

sino de la propia sociedad política. El análisis de los intelectuales es continuado por Rainer Christopher Swinges, quien se libra a un análisis de los académicos como consejeros de los reyes y gobernantes alemanes entre 1350 y 1550, abordando aspectos como su formación, procedencia y remuneración.

La contribución de Aude Mary se centra en la última de las revoluciones culturales descritas por Genet, la revolución de lo sensible, para abordar el proceso de estetización de la lengua inglesa entre los siglos XIV y XV, que la autora considera un factor esencial de cara a su constitución como lengua intelectual, cultural, política, social y generadora de identidad.

A continuación, Ezio Ornato, en un texto de más de cien páginas que constituye un verdadero libro dentro de otro libro, efectúa un análisis exhaustivo de la evolución de la cultura escrita: desde la producción del libro en la antigüedad hasta la aparición de la imprenta y sus consecuencias.

El texto que cierra la sección corresponde a Claude Gauvard. En él se cuestiona que la recepción en el siglo XII del derecho romano constituyera una ruptura radical en las formas de ejercicio de la justicia. Centrando su análisis en la Francia de los siglos XIV y XV, la autora verifica como el nuevo derecho se entremezcla con costumbres heredadas de resolución de conflictos para concluir que, de existir una verdadera revolución, no fue tanto la del derecho como la afirmación del poder regio como dominador de la justicia.

La segunda de las secciones, “la práctica del estado y el lenguaje político” se abre con una reflexión de Benoît Grêvin, quien dedica su texto a reflexionar sobre el desarrollo de una fraseología del estado en Europa occidental entre los siglos XIII y XVII. El autor analiza las evoluciones de la lengua de expresión del estado desde una primera influencia de matriz eclesiástica, pasando por la adopción de lenguas vulgares y las relaciones que mantienen con el latín, para apuntar a continuación a la permanencia de la metáfora como un marcador de las evoluciones ligadas a nuevas formas de expresión lingüística asociadas al estado. En la siguiente contribución Paolo Cammarosano aborda el complejo tema de las relaciones entre cultura eclesiástica y cultura laica en la baja Edad Media a partir del estudio de la evolución de citas bíblicas y pasajes clásicos.

En el texto que sigue, Pierre Chastang formula algunas críticas al modelo general planteado por Genet, en particular la ausencia de referencias a la dominación o a la importante evolución en términos

económicos de la sociedad medieval, cuestión que reaparecerá en otros textos de este volumen. En particular, se adscribe a una lectura de los cambios culturales no necesariamente orientada a lo simbólico y postula la trascendencia de la difusión de los dispositivos escritos como mecanismo transversal que favorece la sustitución de las formas de autoridad directa, características de etapas más tempranas por formulas gubernamentales. La posibilidad de la comunicación escrita, presente a todos los niveles habría sido relevante para la cristalización de la morfología social en la Edad Media central en diferentes comunidades. La dimensión gubernamental de la soberanía derivaría, no tanto de la transmisión de un modelo eclesiástico, sino de las modalidades de ejercicio del poder de las comunidades urbanas tamizadas por la introducción del principio escolástico del bien común, nuevo referente del ejercicio del poder y la dominación.

La sección se cierra con un texto de Jan Dumolyn, que propone una serie de enmiendas parciales al modelo formulado por Genet, postulando la necesidad de introducir a las ciudades en la ecuación para equilibrar un modelo que considera excesivamente articulado en términos difusionistas de arriba abajo. Para ello reclama el protagonismo de las ciudades como poseedoras de sus propios sistemas de comunicación y productoras de sus propios vectores ideológicos relativamente autónomos, si bien no impermeables a una impregnación de valores eclesiásticos. Reivindica de esta manera la trascendencia en aquellas sociedades de principios de naturaleza comunal y corporativa diferentes de los de la iglesia y el estado, así como la capacidad de las ciudades para formular su propia teoría política pragmática.

La tercera sección del volumen, “lenguas y poder: una aproximación comparativa”, se compone de cuatro artículos que bien enfocan regímenes lingüísticos específicos, bien se abren a la comparación con otros espacios políticos diferentes al occidente medieval. El primero de los casos es representado por el trabajo de Serge Lusignan, quien analiza la situación de Francia e Inglaterra como sistemas de comunicación bilingües por parte del poder regio, cuyo uso depende de su contexto de enunciación y en los no se produjo, por tanto, una vinculación entre la utilización de una lengua vernácula y el desarrollo de la idea de pertenencia a una nación durante la Edad Media. La comparación con otros espacios políticos llega de la mano de los otros tres textos de la sección. Benoît Grêvin se libra a una comparación sobre el desarrollo de las lenguas del poder entre el mundo islámico, el mundo latino y el lejano Japón. La sección se completa

con un texto de Georges Sidéris sobre la balbuceante constitución de un estado moderno en Bizancio a partir de dos de sus elementos esenciales: el consentimiento al impuesto y la existencia de una sociedad política, cuestiones que aborda a través del análisis de la opinión pública durante el reinado de Zoe y Theoroda en el año 1041.

La cuarta sección está centrada en el estudio de las imágenes y su relación con la sociedad política. En el primero de sus textos Nikola Jarkic analiza un ejemplo de comunicación visual de la reina de Hungría con sus súbditos en la Dalmacia del último medievo, a partir del estudio de la iconografía del arca de San Simeón, en Zara. La contribución de Anne Marie Polo de Beaulieu se centra en la utilización de imágenes por los predicadores de fines de la edad Media analizando a un tiempo tanto las imágenes que fueron utilizadas en el marco de la predicación, como las imágenes mentales de las que los predicadores se sirvieron para articular su sermón, así como las críticas vertidas por algunos sectores de la iglesia a la utilización de imágenes, consideradas peligrosas porque desviaban la atención del culto divino. A pesar de su éxito masivo, la posición eclesiástica al respecto no fue monolítica y los predicadores ocuparon un espacio particular en el marco del discurso eclesiástico.

La contribución de Martine Boiteux trata sobre la fiesta en la Roma pontifical en la época moderna. La perspectiva adoptada es la de considerar la fiesta como un instrumento de comunicación al servicio del poder. Desde este punto de vista, pasa revista a la utilización de imágenes durante la fiesta, estudiando en particular las fiestas de investidura del Papa, los rituales públicos de ejercicio del poder papal, y el propio carnaval, del que se analizan sus relaciones con el poder y se subraya que en tiempos del barroco ha perdido su carácter municipal y ha adquirido una tonalidad aristocratizante.

La sección se cierra con un texto de Joanna Barreto que estudia la irrupción del pueblo en el mundo de la imagería política. Al margen de las representaciones del pueblo sufriente, la iconografía popular emerge a comienzos del XVI, ligada a una figura concreta, la del soldado, lo que la autora considera importante de cara a la constitución de una identidad política popular. Son tres las modalidades estudiadas, que resultan de la apropiación de códigos nobiliarios: los propios códigos heráldicos, el retrato y la aparición de monumentos a los caídos.

La última de las secciones lleva por título, “en los contornos y más allá del modelo” y recoge tanto valoraciones críticas como experiencias en los márgenes del espacio de la génesis del estado moderno. Sorprende, en

todo caso, la inclusión aquí de la Península Ibérica, porque tal y como explica François Foronda, autor del texto sobre este espacio geográfico, el territorio peninsular participa plenamente de la experiencia de la aparición de un poder estatal ligado a la emergencia de una sociedad política, lo que le lleva a plantear la crítica de si el énfasis puesto por Genet en el protagonismo de la reforma gregoriana no estaría, en realidad, sino transponiendo el peso de las experiencias particulares francesa e italiana. A partir ahí Foronda muestra sus discrepancias con este protagonismo de la reforma y constata que, para el caso peninsular, y particularmente castellano, el protagonismo en la mutación debe ser atribuido al poder real como operador.

En todo caso, la sección se abre con un texto de Win Blockmans que constituye a su vez una crítica a la tesis de Genet, que tacha de idealista. El autor propone un punto de vista completamente alternativo para afirmar que son las nuevas condiciones económicas las que han generado nuevos sistemas de comunicación y han permitido a los distintos poderes extenderse, incluido el de la propia iglesia. Blockmans alude en particular al crecimiento económico, la comercialización de la economía y el desarrollo de intercambios a larga distancia y los propios procesos de urbanización, capaces todos ellos de generar sistemas comunicativos propios, como los principales impulsores de progresos en la conceptualización e interpretación del mundo que permitieron procesos de mayor complejidad y de una escala mayor, de lo que se beneficiaron ampliamente los poderes estatales.

Le sigue un texto de Pascal Buresi centrado en el Califato Almohade, en el que se enfatiza el hecho de que, de las ocho revoluciones culturales propuestas por Genet para explicar la aparición de formas políticas totalmente novedosas, únicamente la última sería desconocida al islam, lo que le lleva a plantear que el carácter distintivo del Occidente medieval radicaría no tanto en este tipo de mutaciones culturales, como en su propia concurrencia entre los siglos XI y XV.

La contribución Solal Abèles posee más bien un carácter historiográfico y parece un tanto ajena al resto del volumen, puesto que se propone analizar comparativamente la evolución de las historiografías francesa e italiana, poniendo de relieve como han conseguido desnacionalizar sus propios discursos históricos cuestionando sus paradigmas fundacionales, para llegar a confluir en un programa de investigación común. La inclusión del texto en el volumen cobra más sentido si tomamos en consideración el fuerte peso de historiadores

franceses e italianos en el desarrollo del programa SAS, así como que la mayor parte de sus encuentros se celebraron en l'École Française de Rome.

Por último, el texto de Jean-Marie Le Gall, efectúa una crítica al modelo enfatizando el valor de ruptura de la reforma protestante como marcador de separación entre el estado medieval y el moderno, no sólo en tanto transformación de la concepción de la iglesia, sino en la forma en que las nuevas definiciones de la comunidad cristiana han ayudado a pensar una nueva comunidad cívica, al modo en que la reforma ha ayudado a crear una comunidad nacional o incluso la invención de la tolerancia civil en el campo político.

El libro se cierra con una conclusión de Patrick Boucheron que funciona como balance y discusión de las aportaciones de este volumen, pero también como una valoración más general del conjunto del proyecto de investigación SAS.

En suma, no es este el lugar de efectuar una revisión global o una lectura crítica del conjunto de aportaciones de este volumen, sino de señalar la riqueza de ideas que contiene y de subrayar que, en adelante, se convertirá en referencia obligada para todos aquellos que tienen por interés analizar el desarrollo de los sistemas políticos de fines del a Edad Media.

Hipólito Rafael OLIVA HERRER
Universidad de Sevilla
hroliva@us.es